

historiador Monaxel sus estudio la marcha progresiva de las usurpaciones políticas, la voz de Lutero no tenía ya prestigio, y sus palabras quedaron sin eco. En 1538, decía, nuestro Emperador nos enseña la separación de los poderes, el civil y el religioso; no conviene de ninguna manera se mezclen y se confundan la Iglesia y el Estado con los administraciones seculares, y el Papa el magistrado ejercen los potestades independientes, cuando deben confundirse jamás, como lo recomienda San Pablo cuando dice que no debemos estar sujetos a ningún ser humano, si no a Dios que es el Señor de los reyes y de los príncipes, y la separación nos enseña que no es posible la paz en un Estado cuando el acuerdo no es favorable por la magistratura ó cuando esta se encuentra á manos del clero.

No es esto lo que el mismo habla dicho en otro tiempo, y debía sufrir las consecuencias de sus errores doctrinarios. El corvón de Lutero algunas veces se oprimía, y se veían hundidos sus ojos, más al fin un día, todo cobijado, lanzó los últimos rayos de su desorganización. He aquí, señores, grandes de la tierra, el gran dogma que nos enseñó: Mas para que no confundamos su profecía con los que desearon en nuestros sacerdotes y nuestros predicadores, para que nos monarquicen y nos piensen como si fuéramos hijos de Satanás.

parece menos la casa de Dios, sin aquel esplendor de los templos católicos, cuya desaparición hoy ya ha tomado forma.

Escomunicamos por un momento las alabanzas que dedica hoy la Alemania protestante, los himnos que entona á la gloria de nuestro viejo culto.

CAPITULO XXIX.

Cuando un pueblo se libera de las ligaduras, pero con el pecho herido de satisfacción, llega al templo y se postea para dar gracias al que en su largo viaje le ha salvado.

DESORGANIZACION DEL CULTO CATOLICO.—1524.

Trastornos entre los católicos, deplorados por los protestantes.—Abolición del canto eclesiástico y vestiduras sacerdotales.—Las rentas de las colegiatas abandonadas al poder municipal.

Trastornos entre los católicos, deplorados por los protestantes.—Abolición del canto eclesiástico y vestiduras sacerdotales.—Las rentas de las colegiatas abandonadas al poder municipal. que eleva el cielo con las canciones de su pura gloria, sus cantos sublimes al Dios de las misericordias; cuando la templada luz de los cielos siempre impudentes.

Munzer predicaba la poligamia, Storch el comunismo de bienes, Carlostadio la abolición de las ceremonias religiosas, Pfeifer la igualdad religiosa y política, los profetas de Alstedt la destrucción de las imágenes, templos, capillas, y la adoración del Señor en las alturas y cimas de las montañas: otros fanáticos la inutilidad de la ley, de la oración, de la confesión, del bautismo, del culto de los Santos, de la intercesión de María, de las plegarias cerca del lecho de la agonía ó sobre la tumba de nuestros difuntos.

Desde entonces en la Sajonia ya no se escucharon los cánticos de alabanza al Dios de las alturas, ni el incienso elevó al cielo sus aromas y vapores, ni ardía la cera sobre los altares: las paredes de los templos fueron devastadas; hoy ya no existen aquellos preciosos vidrios de colores que cubrían sus ventanas ojivales, porque la Reforma los hizo pedazos con el mezquino pretexto de que conducían á la idolatría. El templo reformado, en cambio, todo lo

parece menos la casa de Dios, sin aquel esplendor de los templos católicos, cuya desaparición llora hoy la Reforma.

Escuchemos por un momento las alabanzas que dedica hoy la Alemania protestante, los himnos que entona á la gloria de nuestro viejo culto.

«Cuando un pobre peregrino, abrumado de fatiga, pero con el pecho henchido de satisfacción, llega al templo y se postra para dar gracias al que en su largo viaje le ha salvado de todos los peligros de un camino largo y peligroso; cuando una madre desolada llega al templo desierto para rogar por su hijo abandonado por los médicos; en el crepúsculo vespertino, cuando un pálido rayo del sol moribundo, á través de los coloreados vidrios, baña con su indescriptible tinta el angélico semblante de la joven piadosa, que eleva al cielo, con las emociones de su puro corazón, sus santas súplicas al Dios de las misericordias; cuando la temblorosa luz de los cirios sombrea majestuosamente las albas vestiduras de los sacerdotes que llenan los espaciosos ámbitos del templo con sus armoniosas alabanzas al Eterno; ¡ah! decidme si entonces el catolicismo no nos da una gran lección; decidme si no nos hace ver que la vida toda no debe ser más que una gran súplica, y que el arte y el pensamiento deben unirse para glorificar al Señor, y que la Iglesia donde tantas súplicas y cánticos se alzan á la vez, y donde la adoración se ostenta con las formas más bellas y magníficas, tiene un derecho á nuestro amor y nuestro respeto (1).»

«¡Admirable culto, todo lleno de armonía! Diamante que brilla sobre la corona de la fe. Ningun poeta puede aborrecer el catolicismo (2).»

«¡Qué bella es su imagen! ¡Cómo habla al alma y á los sentidos! ¡Deben ser muy gratos á Dios estos cánticos im-

(1) Clausen.

(2) Isidoro de Lœben.

pregnados de espiritualismo, sus melodías de notas y de voces, sus nubes de incienso, la voz alegre de sus campanas, que una filosofía orgullosa pretende mirar con compasión! ¡Arquitectos y escultores, vosotros tenéis razón en llamar nobles á vuestras artes, que de tan majestuosa manera representan á la Divinidad (1)!»

«La Iglesia católica, con sus puertas abiertas á todo el que pasa, con sus lámparas brillando incesantemente, sus voces que se alegran ó lloran, sus *hosannas* y sus lamentaciones, sus cánticos, sus Misas, sus fiestas y regocijos, parece una madre cariñosa que, llena de placer, con los brazos abiertos espera á su hijo para estrecharle contra su corazón; es una fuente de aguas dulcisimas y frescas, en cuyo terreno descansan los transeuntes para respirar allí la frescura, la salud y la vida (2).»

«En cierta ocasión vi yo un franciscano arrodillado delante de un Cristo, que estaba pintado en la pared del claustro, con admirable verdad y expresión. Viéndome llegar, se levanta. — Hermano, le dije, refiriéndome á la pintura; ¡eso es muy bello! Y el religioso me contestó sonriéndose: — Sí; pero mejor es el original. — ¡Por qué, volví yo á decirle, por qué necesitáis para rogar á Dios de una imagen material? — Tú serás protestante, á lo que veo; mas ¿no comprendes que el artista depura las fantasías de mi imaginación? ¡Habeis vosotros orado alguna vez sin que esta hada se os haya presentado bajo mil formas diversas? Pues bien; yo prefiero, en clase de imagen, lo entiendes, mejor la de ese gran Maestro que la de aquella encantadora. A tales razones me consideré vencido, muerto, y no pude replicar (3).»

«¡Ved una costumbre tan bella como antigua, la de visitar los cementerios el 1.º y 2 de noviembre! Los habitan-

(1) Leibnitz, *Syst. théol.*, pág. 205.

(2) Isidoro de Lœben.

(3) Fr. D. Schubart.

tes de las ciudades se presentan ante las tumbas de sus mayores: postrados de rodillas ante una cruz de troncos ó ante otros emblemas funerarios, piensan en lo pasado y en la brevedad de los días: la muerte se corona de flores, en señal de otra vida que no debe tener fin, y arden las lámparas y los cirios, para recordarnos otra luz, que jamás se extinguirá (1).»

«Ciegos estuvieron los padres de nuestra secta! Destruyendo la mayor parte de las alegorías de la Iglesia católica, creían hacer la guerra á la superstición: los abusos era lo que debían haber proscrito (2).»

«Lutero no conoció el espíritu y genio del cristianismo (3).»

Quería Lutero oponerse á las locuras de sus prosélitos, y dar una forma de vida á su nueva iglesia. Algun tiempo conservó en el bautismo la sal y el aceite, y la cruz que hace el ministro en la frente del niño bautizado: Poco tiempo después ya no conservaba mas que el exorcismo y la señal de la cruz. Vitupera la confianza que se tiene en Maria, y quita de la salutación angélica el *Ora pro nobis*.

En 1521, el capítulo de Wittemberg, en ausencia de Lutero, había proscrito la Misa; pero el pueblo murmuró: el doctor la restableció, no como señal de holocausto, sino como una creencia popular, y quitándola el ofertorio y el cánon, y todas las fórmulas; dejando solo la elevación del pan y vino por el preste, la salutación á los asistentes, la mezcla de agua y vino, y el uso de la lengua latina. No sabía si debería abolir ó conservar la confesión auricular; por fin la quitó su carácter católico. El penitente se acercaba al ministro, y decía: «Señor, pequé;» y era lo que bastaba. Nada de enumerar los hechos, nada de graduar la culpabilidad, decir el número y calidad de los pecados:

(1) C. Spindler. (1)
 (2) Fessler. (2)
 (3) Novalis. (3)

para Lutero todo era igual; en el mismo grado creía imputable una ligera y venial mentirilla, que un asesinato á sangre fría.

A los ojos de los ministros que él dirigía y que había puesto á la cabeza de las iglesias, la confesion, tal como el capítulo de Wittemberg quiso conservar, no era de precepto: se confesaba el que quería. En una carta pastoral que Bugenhagen dirige á sus parroquianos de Wittemberg, sostiene que en la confesion es preferible cualquier cosa al *absolvo te*: la predicacion del Evangelio, atar y desatar: esto es, repartir, difundir el Evangelio.

Hubo un momento en que Lutero, en su cualidad de eclesiástico de Wittemberg, estuvo aturdido con los proyectos de Reforma.

Hausman habia imaginado una manera de ordenar por insuflación, sin otra ceremonia. Carlstadtio llamaba Misas diabólicas á las en que se decía una sola palabra en latin. Amisdorf conservó la excomunion que habia lanzado contra un pobre barbero, en quien Lutero no puede hallar crimen. Un predicador de Olmutz queria explicar á su modo la liturgia; «es decir, escribia Lutero, tirar por la ventana los zapatos viejos sin haberse prevenido de otros nuevos.»

Lutero gritaba en vano: su voz no se escuchaba. Desseaba que los cánticos latinos se mezclasen con los compuestos por él en lengua alemana, para reemplazar con ellos nuestros himnos y nuestras prosas, reliquias preciosas de la poesia de los primeros años del catolicismo. En lugar de estas dulces y frescas melodias, ya graves y austeras, ya alegres ó lamentables, segun lo pedia el asunto, no resta hoy en el templo protestante mas que un canto chillon, monótono y desagradable. En aquel dia perdió la iglesia reformada un siglo de poemas, inspiraciones y fantasias de la musa católica.

En 1525 escribia Lutero á los cristianos de Strasburgo: «Nosotros somos los primeros que hemos revelado al

Cristo; nos atrevemos á decirlo.» Mas nuestros sagrados cánticos le desmienten, y le dejan por loco: en el *Veni creator* canta la Iglesia: «Sin tí nada puro ni bueno hay sobre la tierra.»

Sine tuo nomine

Nihil est in homine,

Nihil est innoxium.

En el himno de Santo Tomás *Adoro te devotè latens Deitas*, el pecador clama: «Caiga una gota de tu sangre en esta miserable tierra, y el mundo será salvo.»

Cujus unas stilla salvum facere

Totum mundum potest omni scelere.

Eseuchemos el viejo coral que la Iglesia entona sobre la tumba de los muertos: *Dies iræ*, cuya letra hacia llorar á Mozart: «Terrible Majestad, dice, tú salvas sin exigir por ello del hombre recompensa.»

Rex tremende Majestatis,

Qui salvando salvas gratis,

Salva me fons pietatis.

Ved los cantos de la Iglesia sajona antes de Lutero: magnífico testimonio de su antigua fe; armonías admirables; poesías celestiales que el reformador desterró de la liturgia, para reemplazarlas por otras, que á cada instante, sin piedad, se remendaban, como á vestidos viejos, por la inspiración del cenobita.

Nosotros apelamos á su himno de despedida: cuando el Emperador le llamó á Worms, la familia sajona cantó con él en su idioma nativo cantares llenos de una gracia sencilla é ingenua. Uno de ellos es el que aun se canta en la Nochebuena (*La veille de la Nativité*): «Un niño nos ha

nacido.» cuya melodía arrebató el oído del extranjero. Lutero, sin embargo de cuanto puedan haber dicho sus papeiristas, fue injusto al tocar estas viejas reliquias del catolicismo.

El sacerdocio, según él, era un signo, y nada tenía de Sacramento. Desde aquel momento la unción, la indelebilidad, las vestiduras particulares, la tonsura y el orden, se aumentan.

Al pueblo el derecho de votar; á la vecindad, á la parroquia, el de hacer los reglamentos, ordenanzas y leyes; porque la parroquia representaba al pueblo, y el cura no tenía mas que el ministerio de la palabra, y no el poder de interpretar.

Las catedrales y colegiatas alemanas poseían grandes rentas, que, proviniendo de fundaciones piadosas, conforme á una disposición de la asamblea popular de Leisnie, Leipzig, Lutero quería pasasen á manos del municipio ó del elector, quien debería arreglar su administración y destino. ¡Esto fue un atentado contra el derecho de propiedad, de que fueron cómplices los príncipes luteranos; un robo manifesto, á que quiso dársele el colorido y el buen nombre de caridad; una ganancia asegurada á todos los renegados! ¿Dónde iban á parar los Obispos, los párrocos y los religiosos despojados de un modo tan violento? Lutero tenía aun piedad de ellos: quiso que se les asegurase el sustento para los días de su vejez. Era imposible que las víctimas soportasen esta espoliación sin quejarse: sus murmullos fueron considerados como sediciosos, y se les abandonó á la mas completa indigencia.

Todavía parece aun exorbitante el derecho concedido á los príncipes por Lutero, de nombrar los visitadores que debían recorrer anualmente las parroquias, para averiguar la vida de los maestros, las costumbres y la enseñanza que daban, y, en caso de necesidad, deponerlos y escomulgarlos. Los príncipes abusaron de la concesión.